

Imprescindible Stiglitz



TONI COMÍN

Son legión los economistas críticos que, desde hace décadas, denuncian las políticas del Fondo Monetario Internacional (FMI) en los países de Asia, África o América Latina. El FMI, ya lo sabemos, es el máximo exponente del neoliberalismo económico, eso que los franceses de *Le monde diplomatique* bautizaron acertadamente como *pensée unique*. Doctrina oficial del Fondo desde los ochenta, con la llegada de la globalización, el programa neoliberal quedó ya plenamente entronizado por medio del llamado “consenso de Washington”. Sus tres pilares eran: privatizar las empresas públicas; liberalizar el comercio y los mercados de capitales, esto es, abrir la economía al exterior, y garantizar la estabilidad macroeconómica, es decir, apostar por la austeridad fiscal y la lucha contra la inflación.

Para el FMI, estas políticas eran absolutamente necesarias para que los países en desarrollo entraran en la senda del crecimiento. Para los economistas críticos eran un camino seguro hacia la crisis o el estancamiento, y hacia una mayor dependencia del Sur respecto de los poderes económicos de los países ricos. Como se puede comprobar, se trata de apreciaciones incompatibles entre sí. Suele ocurrir en el terreno de las ciencias sociales, siempre tan extremadamente lábiles. Con la economía sucede lo mismo que con el amor: ambos están condenados a la parcialidad. Según sean las pasiones, tales serán las conclusiones. Lo difícil, en economía, es manejar los datos empíricos con suficiente neutralidad como para desenmascarar aquellas teorías que, pretendiendo defender el bien general, en realidad están al servicio de unos intereses particulares.

De todos modos, en la disputa entre los neoliberales del FMI y los economistas críticos la cuestión se zanjó durante veinte años de una manera simple. El Fondo tenía la llave del dinero que los países pobres necesitaban ya fuera para financiar su desarrollo, ya fuera para salir de las crisis económicas que les sacuden a menudo. Por lo tanto, se hacía lo que el Fondo dijera. Cuando el FMI aprueba el comportamiento económico de un país, entonces le presta dinero o —más importante todavía— abre la puerta para que el capital extranjero invierta en aquel país. La dependencia de los países en desarrollo respecto del FMI es, pues, bastante considerable: aun cuando estos países disientan profunda-

mente de las políticas que el FMI les recomienda, se ven bastante obligados a acatarlas si quieren financiación de algún tipo.

Con estas, irrumpió en medio del debate un personaje con pinta de Papá Noel: Joseph E. Stiglitz. Stiglitz hasta los años noventa era conocido sólo en los círculos académicos por sus estudios sobre la asimetría de información en los mercados, que le valieron el premio Nobel de economía de 2001. En 1992 Clinton lo llamó para que asumiera el cargo de presidente del Consejo de Asesores Económicos del presidente. De ahí saltó a la vicepresidencia del Banco Mundial. Desde el Banco, Stiglitz se enfrentó repetidas veces con los economistas neoliberales del FMI. Tan repetidas, que al final tuvo que dimitir. Ahora, dimitido e indignado por cómo dirigen la economía mundial los funcionarios del Fondo, Stiglitz acaba de publicar un libro de lectura obligada, *El malestar en la globalización* (Taurus), que ha caído como una bomba. En él hace una crítica demoledora del paradigma neoliberal, de cómo se ha aplicado en los países en des-

El neoliberalismo, viene a decir
Stiglitz, es una mala
economía al servicio de
unos malos propósitos

arrollo y de sus consecuencias. Y lo hace con una doble autoridad: la autoridad intelectual que le confiere ser uno de los mejores economistas del mundo; y la autoridad moral derivada del hecho de que “él estaba ahí”, en primera línea de fuego, y por lo tanto habla de los hechos que pudo conocer directamente.

El neoliberalismo, viene a decir, es una mala economía al servicio de unos malos propósitos. O dicho con sus palabras, es una teoría científicamente deficiente que sirve unos intereses muy particulares: los de la comunidad financiera occidental, con Wall Street como centro neurálgico. En este punto es claro y tajante: la comunidad financiera manda en el Departamento del Tesoro de los EEUU, el Tesoro manda en el Fondo, y el FMI desde hace veinte años ha asumido el papel de “ministerio de economía” de los países en desarrollo. La Casa Blanca a veces ni siquiera se entera. El FMI, pues, dirige la economía mundial, para ponerla al servicio de los mercados financieros, no al servicio del crecimiento de los países pobres. Como excusa, el FMI hace una

identificación ideológica que el libro pone al descubierto de un modo meridiana-mente claro: la comunidad financiera occidental pretende que sus intereses (particulares) coinciden con los intereses generales de la economía mundial, cuando la cosa es más bien la contraria.

Del “consenso de Washington” Stiglitz no deja prácticamente nada en pie. Cuando se privatizan las empresas públicas, dice, pero no se aplican vigorosas políticas de competencia que impidan los monopolios privados, el remedio es peor que la enfermedad porque los precios suben en vez de bajar. En los países pobres esto quiere decir más hambre. Cuando se liberalizan los mercados de capitales sin una regulación adecuada se está apostando de manera segura por la inestabilidad económica. Para ejemplo, el de los países del Sudeste asiático: después de varias décadas de crecimiento continuado (el llamado “milagro asiático”) basado en unos mercados de capitales cerrados, el FMI les obligó a liberalizar los sistemas financieros (Wall Street no quería quedarse sin su bocado en un pastel que crecía de manera tan suculenta) y sobrevino una de las mayores crisis financieras de la historia del capitalismo. El resultado fue paro masivo y un descenso medio de dos años en la esperanza de vida de aquellos países. La austeridad fiscal, impuesta como un dogma en cualquier circunstancia, agrava las crisis económicas en vez de paliarlas, sin contribuir para nada a mejorar las condiciones para el crecimiento futuro.

Las lecciones no acaban ahí. Tampoco la inversión extranjera se salva de la crítica: aunque parezca una condición indispensable para el desarrollo de los países pobres, si entra de manera demasiado rápida acaba por destruir por completo el tejido industrial local y esto acostumbra a ser muy perjudicial. Por último, Stiglitz insiste en señalar que el crecimiento por sí mismo no garantiza la mejora de las condiciones de vida de los pobres. Es imprescindible desarrollar políticas específicas para que los beneficios del crecimiento alcancen a todos. Es algo obvio, aunque los neoliberales se esfuerzan en negarlo. Pero ya se sabe: la verdad de cada cual depende de donde tenga uno puesto el corazón. A Papá Noel diríase que le preocupan los niños pobres. El Fondo se ocupa de los niños ricos. A ver quién gana. Sólo nos jugamos un puñado de vidas. Apenas unos millones. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE